

y Genserico habian tomado mil años antes la Roma de los Césares; si la grandeza y la fuerza de Felipe II ahoga el protestantismo, un germano de raza, holandés de nacimiento, Orange de nombre, derriba al coloso que cubria con su sombra toda Europa; si la política de Luis XIV, en el siglo siguiente engendra otra gigante reaccion católica, así en las conciencias como en los Estados, otro germano de raza, holandés de nacimiento, Orange de nombre, alza el protestantismo, la religion individualista, al trono de Inglaterra; si los reyes, á mediados del siglo décimo-octavo, han establecido su autoridad absoluta, despojando hasta la Iglesia misma de sus atribuciones, la raza germánica ó su familia sajona, viene á turbar tanto poder con la proclamacion de la República y el advenimiento de la democracia en América; si triunfantes los principios revolucionarios en 1793 y de nuevo triunfantes en 1848, cesarista reaccion, engendrada primero por el César de nuestro tiempo y despues por su descendiente, el nuevo Augusto, funda la autoridad imperial, los germanos Wellington y Blücher en Waterlloo, Moltke y Bismark en Sedan, destruyen esos imperios, y alzan nuevamente la idea de la individualidad humana, que es como el hueso y la médula de todas nuestras libertades.

No le pidais á la raza germánica, no, que en el movimiento republicano europeo traiga antes que la raza latina el organismo de la República. Este organismo será obra de la raza artística, de la raza inspirada, de la raza que apenas ha concebido la idea, cuando ya la ha vaciado, ansiosa de crear y de producir, en el molde amplísimo de sus formas, será obra de nuestra raza. Pero la raza germánica ha traído esa idea individualista; ese íntimo sentimiento de la independencia personal, que verdaderamente constituyen la dignidad, sin la cual son de todo punto imposibles las Repúblicas. Esas ideas, esos sentimientos vienen á ser como la materia de que la República es la forma. En la inmensa nebulosa,

compuesta por esa difusion del espíritu humano, van brotando las democracias como dice Laplace que debieron formarse en la nebulosa infinita de que somos parte, el sol y los planetas. La gloria de la raza germánica, á los ojos de las revoluciones modernas, ha consistido en procurarnos el conocimiento racional de aquella idea del derecho, que nosotros habíamos sentido, que nosotros habíamos casi implantado en la realidad, antes de que ellos nos dieran de esa idea clara y distinta conciencia. Porque otro de los caracteres más íntimos, no diré de la raza, diré sí de la nacion alemana, es el predominio del sentido indagador y científico, del pensamiento autónomo y libre, sobre el sentido práctico, sobre el pensamiento político.

Los alemanes han obrado sus revoluciones más en la conciencia que en el espacio. Sus sublevaciones más formidables han sido sublevaciones del espíritu. Ciertamente no han levantado ellos como nosotros la guillotina para sus reyes, no han puesto como nosotros la piqueta demoledora en las bases de sus templos, no han colgado en el presente siglo de la linterna á sus señores feudales, como los franceses colgaron á sus nobles y los españoles á sus frailes; aun estamos esperando aquella formidable revolucion anunciada por Heine, y á cuyo lado la revolucion francesa habia de convertirse en idilio: los alemanes no deben aspirar con derecho al título de revolucionarios. Pero, allá en la esfera intelectual, allá en el cielo de la idea, en la filosofía y en las artes, ¡cuántas revoluciones profundas, cuántos destronamientos audaces han consumado! Los dioses y los reyes, las castas sacerdotales y las castas aristocráticas, el dogma fundamental de las religiones de la Edad Media y el dogma fundamental de las monarquías tradicionales, todo ha sido descompuesto, devorado, consumido en el ardiente crisol de su crítica. Así es, que para investigar cuanto los alemanes han hecho por esta revolucion política moderna, á cuyo tér-

mino se encuentra la República organizada en los Estados-Unidos de Europa, precisa estudiar más que la historia la ciencia, más que el curso de los hechos el curso de las ideas. Allá en el cielo infinito, sereno, tranquilo del pensamiento moderno, donde no llegaban nuestras bajas tempestades, hervia el rayo destinado á herir el criterio religioso, el criterio filosófico, el criterio político, que realmente engendraran los poderes hereditarios y permanentes. Esta revolucion es menos visible, mucho menos visible que las revoluciones políticas, por lo mismo que es menos cruenta; pero es más eficaz, más trascendental á los hechos aun que las mismas revoluciones violentas cuyo estruendo tanto nos aterra: que esa electricidad invisible, impalpable, esa electricidad de las ideas, suscita la revolucion material y encrespa el tempestuoso oleaje de las conciencias, como para vivificar y animar á los hechos.

Será cierto que los pueblos no pueden tener universalidad de aptitudes? ¿Será cierto que aquellos más duchos en la abstraccion y en la ciencia flaquean cuando bajan á la realidad y á la política? Tentados estaríamos á creerlo estudiando el movimiento científico y el movimiento político de Alemania. Su audacia no tiene límites, cuando de atacar los poderes morales y las ideas abstractas se trata. Los filósofos llegan al trono estrellado del Dios histórico y tradicional con la espuma de la rabia demagógica en los labios y el hacha del verdugo regicida en las manos. A los golpes de su implacable lógica, las supersticiones caen con estrépito más ruidoso que el estrépito de la revolucion. Hernan Cortés con todo su genio aventurero, con todo su valor épico, y con toda su fé española, jamás desacató los ídolos de los conquistados mejicanos como el humilde y tímido filósofo de Alemania ha desacatado desde las fórmulas científicas al Dios de sus conciudadanos. Todos nuestros motines en la plaza pública, todas nuestras insurrecciones de cuartel, todos nuestros movi-

mientos revolucionarios que despiden tan tonante electricidad, jamás contuvieron la esencia, ni las cantidades de revolucion que contiene uno de esos discursos, al parecer oscuros, idealistas, ajenos á la realidad, que pronuncia el doctor alemán sentado sobre su alta cátedra como sobre vaga y apartadísima nube. A ellos, á los maestros, á los filósofos alemanes, debemos esa teoría del derecho ante la cual aparecen las ideas de Rousseau como conservadoras y reaccionarias; á ellos, á los maestros, á los filósofos alemanes debemos esa teoría del progreso, á cuyos impulsos todas las instituciones, aun las más creídas de su origen celeste y más destinadas por los poderes públicos á la eternidad, han caído en el movimiento dialéctico de las ideas humanas, y han aceptado la ley de la trasformacion universal, que condena todas las resistencias contra la libertad á segura derrota, y todas las reacciones á inevitable muerte. El Universo y Dios, el alma y el cuerpo, la naturaleza y el espíritu, han sido llamados al tribunal de su filosofía; los reyes y los papas, las castas sacerdotales y las castas guerreras, al tribunal de su historia. Jamás ningun tribuno dirigió imprecaciones al orgullo de los tiranos, á la manera que ellos á la autoridad de la monarquía y de la Iglesia; jamás ningun revolucionario limpió la sociedad de monstruos con la fuerza que ellos emplearon para limpiar la conciencia de sofismas. Pero estos semi-dioses de la tierra, soberanos del pensamiento, jueces de las instituciones, al entrar en la vida han visto sus derechos más sagrados á merced del primer montero de uno de esos reyes, ó regulos, vestigios de la Edad Media, fuegos fátuos en el osario de lo pasado, que han reinado recientemente, y que en algunos pequeños Estados todavía reinan sobre el suelo feudal de la vieja Alemania.

Háse comparado el alemán al indio antiguo, absorto en la contemplacion del mundo y en la contemplacion de sí mismo, dando á los otros pueblos sus ideas y sus dioses. Há-

seles comparado también á los griegos después de Alejandro; no porque posean aquella elocuencia escrita y oral propia de los griegos en todo tiempo, como si no pudiera el espíritu helénico ser tocado de decadencia; no porque posean aquel relieve de formas, de expresión que dá vida, y sangre y carne á los pensamientos más abstrusos; no, parecense á los griegos en su vejez, porque como estos, piensan, escriben, hablan, enseñan, transforman las conciencias, se entregan á las ideas, y dejan que á su lado, sobre sus espaldas, se levante un imperio militar, y autocrático, el cual, de tiranía en tiranía, pueda llegar á engendrar la degeneración física y moral de la antigua Bizancio.

Los pueblos latinos, que tan rápidos fueron siempre en la realización de sus ideas, apenas han tenido libertad de pensar. Los pueblos alemanes, que han tenido antes la libertad de pensar, apenas han experimentado el vivo deseo de realizar sus pensamientos. Y la idea, que no toca á la realidad, que no la transforma, que no se convierte en el pan del alma distribuido entre los pueblos, que no derrite cadenas, que no destruye cadalsos, encerrada allá en las cimas de la razón pura, es como Dios sin Providencia, como Dios recluso en la soledad de su inaccesible sustancia, sin comunicación alguna, ni con el espíritu ni con la naturaleza. Nadie admira como yo la Alemania, nadie. Su metafísica es el túetano de nuestro pensamiento. Su poesía responde mejor que ninguna otra al vago idealismo de nuestro espíritu. Debe llamarse el arte alemán la filosofía del corazón. Su música misma, impenetrable á las primeras audiciones, parece después de conocida, la voz de la naturaleza, la armonía de las ideas creadas, la anticipación del espiritualismo celeste. Yo perdono á los escritores alemanes la confusión del estilo, y á sus filósofos la oscuridad del pensamiento, porque comprendo que solo así pueden conservar aquel individualismo característico á su naturaleza. Yo admiro la

indagación pacientísima, el culto religioso á la ciencia, toda la nutrición que los alemanes han dado al espíritu moderno. Pero cuantos amamos el progreso, tenemos derecho á proferir alguna queja, alguna reconvención, y amarga, en los oídos del pueblo alemán. Si, aquel pueblo descrito magistralmente por Tácito con todas las aptitudes para la libertad; menospreciador del oro porque desconocía las necesidades que el oro satisface; reunido en asambleas donde los principales trataban de las cosas menudas, y el pueblo entero de todas; gobernado más por el ejemplo que por la autoridad, más por la persuasión que por la fuerza; dotado con la facultad de elegir á sus jefes y dispuesto al deber de acompañarlos y seguirlos por todas partes; adorador castísimo de la mujer en cuya frente vislumbraba las señales de la profecía, y en cuya hermosura el divino ministerio del sacerdocio; aislado en su hogar con su familia y con sus hijos, que no sabrían agarrarse de otro pecho ni nutrirse de otra leche que del pecho y de la leche maternas; amigo de su independencia personal hasta la exaltación, y enemigo de la tiranía hasta el encarnizamiento; este pueblo que, á través de tantos siglos ha conservado alguna de aquellas antiguas virtudes primitivas; como ha precedido á todos los pueblos modernos en proclamar la conciencia libre, debió también precederlos en establecer la Federación y la República.

Pero no seamos materialistas. La idea, aun aquella que parece más vaga y más abstracta, alimenta las conciencias y se filtra en la realidad. Cuando nos perdemos en las abstracciones científicas, no pensamos en que aquellas abstracciones, como el Verbo divino, han de encarnarse en la sustancia y en la forma del género humano. El viajero, perdido en la cima de los Alpes, sobre las nieves eternas, sin poder apenas respirar, sin percibir ni asomo de vida en aquel desierto de hielo, no concebirá que allá abajo, en el valle hondísimo, sea tanta frialdad, tanta inmovilidad,

tanta desolación el Rhin, el Tesino, el Ródano, derramando la vida y la alegría de la abundancia en las campiñas de Italia, de Francia y de Alemania. La idea es alma; la idea es vida. Los hechos no hacen más que copiar las ideas y copiarlas imperfecta, borrosamente. En todo el curso de los hechos sociales van contenidas las ideas, y son como el hidrógeno en el agua, como el oxígeno en el aire. Quizá tarde siglos en formarse la sociedad animada por una idea progresiva. No nos curemos de los plazos. Pero el tiempo es una idea de relación, el plazo será largo si con nuestra breve vida se compara, breve comparado con la vida de la humanidad. Nadie es capaz de calcular los millones de siglos que han sido necesarios para formar y componer el planeta en el cual vamos embarcados. ¿Quién puede adivinarlo que tardará una

idea en caer de la mente de un pensador sobre el cenáculo de una escuela; en pasar de las indagaciones de la escuela á las fuerzas militantes de un apostolado; y de las fuerzas militantes de un apostolado al crisol del martirio; y del crisol del martirio á la conciencia de todo un partido; y de la conciencia de todo un partido á las leyes, y de las leyes á las costumbres? Pero no tenemos derecho á dudar de la virtud y de la eficacia que tienen las ideas, nosotros, después de haberlas visto salir de los labios mucho más ténues que el aire en que iban envueltas, y fundir con las bayonetas de los ejércitos reaccionarios las coronas de los reyes absolutos. Vamos á estudiar el movimiento de las ideas en Alemania, seguros de encontrar revoluciones á que ha respondido ó responderá la realidad.